

TRADUCCIÓN

CUANDO ESTUVE EN EL PUEBLO DE XIA

DING LING

Ding Ling (1904-1986)

SI HAY UNA VIDA y una obra que pueden considerarse un epítome de los últimos setenta y cinco años en la historia de la sociedad china son las de Ding Ling. Nació durante los últimos estertores de la dinastía Qing, en la provincia de Hunan. Era hija de un terrateniente y cuando éste murió, siendo Ding Ling todavía una niña, su madre sostuvo a sus hijos como maestra de escuela. Ding Ling fue educada en escuelas modernas de corte occidental, entre ellas la primera escuela mixta en China. Tanto su juventud como sus primeros escritos estuvieron ligados al comienzo de la emancipación de la mujer china, emancipación escandalosa a los ojos de la sociedad tradicional. Ciertos aspectos de ésta, sobre todo el de la liberación sexual de la mujer, siguieron teñidos de escándalo hasta nuestros días, reforzado por el puritanismo del estado socialista. Era escandaloso el corte del cabello, escandalosa la escuela mixta, escandaloso el rechazo al compromiso matrimonial arreglado por los padres, escandaloso el trasladarse con una compañera a Shanghai para seguir sus estudios y más escandaloso aún instalarse como pareja de su amante, el escritor Hu Yepin. Ding Ling se identificó con la época romántica del movimiento del 4 de mayo en su forma de vivir y en sus primeros cuentos, dedicados a la angustia de las jóvenes que, como ella, aspiraban a otro tipo de vida que no fuera el tradicional de la mujer china. Las heroínas de sus cuentos, Shafei (Sophie), Mengke, Ah Mao, fueron reconocidas y leídas con avidez por los jóvenes de la generación, consolidando rápidamente la repu-

tación de su joven creadora. A pesar del romanticismo de su vida y de su obra, siempre estuvo cerca de los que serían, con el tiempo, los pilares del movimiento revolucionario y del nuevo Estado. Una amiga y compañera suya, Yang Kaihui, fue la primera mujer de Mao Zedong, otra se casó con Qu Qiubai, quien sería secretario general del PCCh. Ella estudió con Qu, con Mao Dun y con otros intelectuales de izquierda de la generación del 4 de mayo. En 1930, el mismo Hu Yepin se hizo miembro del Partido Comunista y fue ajusticiado someramente por el gobierno del Guomindang, en febrero de 1931. El hijo de la pareja tenía entonces dos meses, y Ding Ling tuvo que esconderse con él de la persecución que se desató en su contra. El hecho le dio un fuerte empujón hacia el compromiso político, haciéndose activa en la Liga de Escritores de Izquierda e ingresando finalmente al Partido en 1932. El 4 de mayo de 1933 fue secuestrada por agentes del Guomindang y permaneció encarcelada durante tres años. Ella misma sospechaba que su compañero de aquella época, Feng Da, padre de la hija que nació durante su detención, la había delatado. Durante parte de su encierro fue dada por muerta por muchos de sus amigos y compañeros, de manera que cuando logró evadirse y llegó por fin al cuartel comunista de Shaanxi en 1936, fue recibida con júbilo por el propio Mao, quien escribió dos poemas en su honor. Aunque se integró a las labores culturales y políticas del área fronteriza bajo control comunista y a las de las unidades militares después de que se generalizó la guerra antijaponesa en 1937, Ding Ling nunca perdió de vista ni la realidad de la mujer bajo las nuevas circunstancias, ni el ojo crítico. Pronto se encontró envuelta en la primera campaña de rectificación literaria lanzada por el propio Mao con sus pláticas en el foro de Yenan sobre literatura y arte, en el mes de mayo de 1942. Ding Ling fue criticada por destacar los aspectos sombríos de la vida en Yenan, particularmente en un artículo sobre la situación de la mujer ("Pensamientos" el 8 de marzo). Antes había publicado un cuento ("En el hospital") en el que el personaje central, una joven partera, expresa su inconformidad con las deficiencias del servicio médico y con las actitudes de las personas que las causaban. Ding Ling perdió su puesto de editora de la página litera-

ria de *El Diario de la Liberación*. En ese mismo año se casó con el escritor Chen Ming, y en 1946 participó en la campaña de reforma agraria. De ahí se inspiró para escribir su novela *El sol brilla sobre el río Sangan*, publicada en 1948, y acreedora del premio Stalin en 1951. Ésta sería la última vez que Ding Ling publicaría una obra de ficción en casi treinta años. Paulatinamente fue perdiendo su lugar e influencia hasta que, en 1957, fue blanco de la campaña antiderechista que la privó de sus puestos, la destituyó del Partido, prohibió la publicación de sus obras y la privó de sus derechos como escritora y como ciudadana. De 1958 en adelante fue condenada a la reforma laboral en los yermos de la frontera noreste. Duró ahí dos años. Cuando comenzó la revolución cultural, volvió a ser el blanco de críticas y también de vejaciones y agresiones físicas. Todos sus escritos fueron destruidos y ella misma fue encerrada durante diez meses, en 1968, en el establo de su unidad. Después fue trasladada a una cárcel de Beijing, donde fue encerrada en una celda solitaria durante cinco años. Cuando fue liberada, en 1975, descubrió que su esposo Chen Ming había sido su vecino de celda durante todo ese tiempo. Los dos fueron enviados a una comuna en Shaanxi hasta su rehabilitación completa en 1979. Le quedaban poco más de seis años de vida.

Ding Ling escribió sobre la mujer, su amor, su sexualidad, su miseria, sobre la angustia de vivir plenamente como mujer frente a los vestigios de la sociedad tradicional china y sobre cómo ella misma quería vivir y había vivido. Treinta y cinco años más tarde, la nueva sociedad china le reclamaba esas obras, esas preocupaciones y esa ansia de vivir en nombre de otra ortodoxia. A pesar de treinta y cinco años de compromiso y sacrificio en aras de la nueva China fue acusada de inmoral, antipartidista, derechista y burguesa. Se sometió legalmente a la locura de la gran revolución cultural y sobrevivió indómita, leal a sí misma, a China y al Partido.

JOHN PAGE

EL DEPARTAMENTO POLÍTICO estaba muy agitado y por eso el camarada Mu Yu decidió mandarme a un pueblito cercano para

que descansara. En realidad, ya me encontraba mejor de salud, pero si había un lugar tranquilo donde se pudiera descansar, aprovecharía esa oportunidad para ordenar mis apuntes de los últimos tres meses. No era una mala idea. Estuve entonces de acuerdo en ir a pasar dos semanas en Xia, un pueblo que estaba a 15 kilómetros del departamento político.

El trayecto lo hice con una compañera del sector de propaganda, que tal vez tenía algo que hacer en Xia. No hablaba mucho y por eso me sentí muy sola a lo largo del camino. Además, ella pertenecía al grupo de "reorganizadores", y eso me incomodaba. Partimos por la mañana y llegamos al atardecer.

Desde lejos, el pueblito se parecía a cualquier otro pueblo, pero yo sabía que había en él una iglesia católica con una bella arquitectura, aún bien conservada, y un pequeño bosque. Yo pensaba vivir en el bosque, al lado de la colina, desde donde podía ver la iglesia. Ya se iban viendo una hilera de cuevas y sobre ellas el bosque. Me gustaba ese pueblo.

De las palabras de mi compañera deduje que en este pueblo había problemas. Cuando entramos no se veía ningún niño y ni siquiera un perro. Sólo vi cómo el viento barría las hojas secas, que se agitaban un poco en el aire y luego caían.

"Aquí antes estaba la escuela primaria, pero cuando el año pasado llegaron los 'diablos' desapareció", dijo mi compañera A Gui, quien estaba un poco nerviosa. Luego, señalando un campo grande y vacío, continuó: "Hace un año y medio éste era un lugar muy animado. Todos los días, después de cenar, los compañeros venían aquí a jugar". Agregó entonces con cierta ansiedad: "¿Por qué no habrá nadie hoy? ¿Quieres que vayamos primero a la oficina del pueblo o a la colina? No sé donde llevaron nuestro equipaje. Vamos primero a averiguarlo".

En la pared, al lado de la puerta de la oficina del pueblo, estaban pegadas unas hojas blancas que decían: "Oficina de la organización X". "Sección de Xia de la organización X". Pero cuando entramos todo estaba tranquilo y vacío. En el salón sólo se encontraban algunas mesas dispersas, que estaban puestas desordenadamente. Un hombre entró corriendo. Nos miró como queriendo preguntar algo pero en seguida se arre-

pintió y quiso irse, pero nosotras lo detuvimos queriendo saber.

No tuvo más remedio que contestar: “Toda la gente, se fue al oeste del pueblo. ¿Su equipaje? ¡Ah! ¿Traían equipaje? Hace rato que lo subieron a la colina a la casa de la madre de Liu Er”. Mientras hablaba nos miraba fijamente. Nos dimos cuenta de que era miembro del equipo de fútbol del pueblo. Le pedimos que nos acompañara en la subida y que le entregara un mensaje a un compañero del pueblo.

Aceptó entregar el mensaje, pero de ningún modo quiso acompañarnos. Parecía estar un poco apurado, así que se fue corriendo, dejándonos solos.

La calle estaba tranquila. Algunas puertas se encontraban cerradas y otras abiertas, pero adentro todo se hallaba oscuro y no nos encontramos con nadie. Afortunadamente, como A Gui conocía el pueblo, me fue señalando el camino para subir a la montaña. Ya había caído la oscuridad, pues en el invierno el sol se oculta muy pronto.

La colina no era muy alta y a medida que subíamos íbamos viendo muchas grutas de piedra, y gente parada que nos miraba.

Sin duda A Gui sabía que aún faltaba mucho para llegar; sin embargo, cada vez que encontrábamos a alguien le preguntaba: “¿Es éste el camino para la casa de la madre de Liu?, ¿todavía queda lejos la casa de la madre de Liu?, ¿viste a alguien llevar un equipaje hacia la casa de la madre de Liu?”

Las respuestas eran siempre afirmativas y así llegamos finalmente al jardín de la casa Liu, que estaba en la parte más alta y más lejana de la colina. Primero nos dieron la bienvenida dos pequeños perros; en seguida salió un hombre para averiguar quién era, y al enterarse que se trataba de mí salieron dos hombres provistos de un farol, que nos llevaron a una cueva en la parte oeste del jardín. La cueva estaba vacía, al lado de la ventana estaba mi cobija, mi pequeña maleta y la cobija de A Gui.

Algunas personas conocían a A Gui y le hacían preguntas sobre diferentes asuntos, hasta que al final se la llevaron. Me quedé sola en el cuarto y decidí arreglar mis cosas. Cuando ya pensaba acostarme, entraron de nuevo. Una mujer joven trajo un plato de fideos. A Gui, la madre de Liu, y otra mu-

chacha trajeron platos, palillos y un plato de cebollas con chile. La muchacha más pequeña prendió el fuego.

Con insistencia me apuraban a que comiera los fideos y me tocaban las manos y los hombros. La madre de Liu y su joven nuera también se sentaron en la cama. Tenían una expresión de incomodidad y continuaron hablando hasta llegar a cierto tema. En principio pensé que se trataba de mí, pero poco a poco fui dándome cuenta de que no era así. Ellas sólo hablaban del asunto que les interesaba y yo me encontraba escuchando algo sin pies ni cabeza, de lo cual no entendía mucho, sobre todo porque la madre de Liu hablaba en voz muy baja, casi en un susurro, como temiendo que alguien la oyera.

A Gui cambió por completo. Daba la impresión de ser muy locuaz, sabía escuchar y, además, parecía entender cuál era el fondo del asunto que se trataba. Las otras dos mujeres no hablaban mucho. Tan sólo de vez en cuando agregaban algunas palabras, pero escuchaban con mucha atención, como si temieran perderse una sola palabra.

De repente, en la cueva se produjo un gran alboroto. No sé cuanta gente hablaba a la vez, y no sé cuánta gente más entró. La madre de Liu y las otras mujeres se levantaron rápidamente de la cama y corrieron hacia afuera. Yo también las seguí, llena de extrañeza. El jardín estaba oscuro. Había solamente dos lámparas rojas envueltas en papel que flotaban en el aire. Me metí entre la gente pero no vi nada, todos ellos se amontonaban, al parecer querían decir algo, pero no hablaban, sólo escuché unos diálogos sencillos que me confundían todavía más.

“¿Yu, eres tú?” “¿La viste?” “La vi y tengo miedo” “¿Miedo de qué? ¡Ella también es humana y además está más guapa que antes!”

Pensé que alguien se casaba, pero me dijeron que no; pensé también que se trataba de un desertor, pero tampoco era así. Me fui detrás de la gente y llegué hasta la puerta de una cueva, pero vi que la cueva también estaba llena de gente y de humo de cigarros que me impedía ver. Era mejor retirarme. La gente también poco a poco se retiraba. El jardín empezó a vaciarse.

No podía dormir, y por eso arreglé las cosas de mi maleta bajo la luz de la lámpara, hojeé algunos cuadernos de ejerci-

cios y fotografías y afilé unos lápices. Estaba un poco cansada; sin embargo, sentía que empezaba una nueva vida. Organicé mentalmente mi tiempo. Desde mañana iba a respetar un ritmo en mi vida. Fue entonces cuando escuché la voz de un hombre ante la puerta.

“¿Todavía no duermes, camarada XX?”

Sin esperar mi respuesta, entró al cuarto. Se trataba de un campesino de unos veintitantos años, con buenos modales. “Hace poco leí la carta del director Mo. Este lugar es bastante tranquilo. Cualquier problema que tenga, aquí estoy. Si necesita algo pídaselo a la madre de Liu. El director Mo dijo que piensa quedarse dos semanas, pero si quiere se puede quedar más tiempo. Yo vivo en el jardín de al lado, en las cuevas de abajo. Si desea algo, díglele a la gente de aquí que me busque.”

Él no quería sentarse en la cama, y además no había sillas. Entonces yo también me bajé de la cama.

“¡Ah! Usted es el camarada Ma. ¿Recibió el mensaje que le mandé? Siéntese por favor y hablemos.” Yo sabía que él era uno de los responsables en el pueblo, y que no había terminado la secundaria. “Me dijeron que ha escrito muchos libros, pero desgraciadamente no los hemos comprado, y yo no los he visto”, dijo mientras miraba la maleta abierta sobre la cama. Cuando nos pusimos a hablar sobre la situación de la educación en el pueblo, me dijo: “Primero descansen unos días y después la invitaremos a dar unas pláticas a nivel del pueblo o a nivel de los grupos de entrenamiento. Pero sea como sea nos tiene que ayudar. Aquí el trabajo más difícil es el de la cultura y el esparcimiento”.

He visto a muchos jóvenes parecidos a éste. Cuando empiezo a tratarlos me sorprende y siento que esta juventud, tan lejana a mí, cambia muy rápido. Comencé a hablar de otra cosa. “¿Qué fue lo que pasó aquí hace un rato?”, le pregunté.

“Es que regresó Cui Cui, la hija de la madre de Liu Da. Yo no me imaginaba que fuera tan especial.” Percibí en sus ojos algo nuevo, tal vez alegría o entusiasmo.

Iba a seguir haciéndole preguntas, pero él continuó explicando. “Ella regresó del lado de los japoneses; trabajó allá más de un año.” “¡Ah!”, exclamé sin poder contenerme. En el momento en que iba a decirme algo más, alguien de afuera lo lia-

mó. Entonces sólo dijo que le pediría a Cui Cui que me visitara al día siguiente, y me advirtió que pusiera atención, porque seguramente Cui Cui tendría mucho que contar.

A Gui regresó muy tarde. Se acostó, pero daba vueltas y suspiraba sin poderse dormir. A pesar de mi cansancio, deseaba que ella me dijera algo más sobre lo que había sucedido aquella noche. "No, camarada XX. Ahora no puedo hablar, me siento mal. Mañana te voy a contar ¡está bien! A nosotras las mujeres se nos condena así nomás. . ." Se tapó con la cobija y ya no se movió ni suspiró más. No sé con precisión a qué hora se durmió. A la mañana siguiente salí a caminar y, sin darme cuenta, llegué hasta el pueblo. Entré a una tienda de abarrotes para descansar un rato, y además compré unas ciruelas agrias, con el objeto de que la madre de Liu Er cocinara una rica sopa de arroz. Cuando el dueño de la tienda oyó que me hospedaba en la casa de la madre de Liu Er apretó sus pequeños ojos y, muy interesado, me preguntó en voz baja:

"¿Viste a su sobrina? Oí decir que está tan enferma que hasta perdió la nariz. ¡Los diablos la echaron a perder!" Dándose vuelta, le dijo a su esposa, que salía por una puerta: "Y todavía tiene cara para volver a la casa. Es el castigo por los pecados de su padre Liu Fu Sheng".

"De niña siempre fue muy osada. ¿Recuerdas su manera de caminar por la calle? Era ella la que provocaba a Xia Dabao. Si Xia Dabao no hubiera sido pobre, ella tarde o temprano se habría casado con él." La vieja señora, alisándose la falda, se metió en el cuarto. "Hay tantos chismes" dijo el hombre volviendo la cabeza. Esta vez sus ojos ya no brillaban, se puso serio. "Cuentan que por lo menos 100 hombres durmieron con ella, y que fue la esposa de un oficial japonés. No deberían haber permitido que esta mujer inmoral regresara."

Contuve mi enojo, porque no quería pelearme con él, y salí de la tienda. No me di vuelta para verlo, pero sentía cómo sus pequeños ojos me seguían mirando.

Fui hasta la esquina de la iglesia, y allí encontré a dos mujeres que estaban cargando agua y que hablaban entre sí.

"Buscó al padre Lu. Seguramente fue porque quería hacerse monja. El padre Lu le preguntó la razón, pero ella no dijo nada, tan sólo lloraba. Quién sabe que tantos líos tuvo

por allá, y ahora está peor que una chancla vieja.” La otra dijo “Ayer me contaron que cojea al caminar. ¡Cómo se atreve a mirar a la gente! Además, me dijeron que lleva pulseras de oro, que le regalaron los diablos. Se comenta que llegó hasta Da Tong, muy lejos, que vio mucho mundo y que sabe hablar como los diablos”.

Como la caminata me resultaba muy desagradable, regresé a la casa. A Gui ya no estaba allí. Me senté sola en la cueva a leer. Al levantar los ojos me topé con dos cestos de cereal que estaban arrimados a la pared. Parecían tener historia, y su color era tan negro como el de la pared. Abrí una hoja de la ventana y vi el cielo gris, pues ya había cambiado el tiempo, y la tierra bien barrida. En el fondo se veían algunos árboles con grandes ramas que flotaban bajo el cielo solitario. El patio estaba vacío.

Abrí otra vez la maleta, saqué papel y pluma y escribí dos cartas. ¿Por qué no regresaba A Gui? Me había olvidado de que ella tenía trabajo, y pensaba que ella había venido para estar conmigo.

Los días de invierno generalmente son muy cortos, pero en esta oportunidad me parecían más largos que los del verano. Vi salir a una niña y la llamé. Ella tan sólo me vio y, riéndose, corrió hasta la otra cueva. Di dos vueltas por el jardín, y vi cómo un pájaro volaba hasta el bosque, al lado de la iglesia. En el jardín había muchos árboles. Caminé de nuevo por el jardín, llegando esta vez hasta el fondo de la derecha. Entonces escuché que alguien lloraba. Era una mujer que trataba de controlarse, y que a cada rato se sonaba la nariz. Intenté concentrarme, y pensar por qué estaba ahí y cuáles eran mis planes. Yo debía descansar bien y vivir de acuerdo con una rutina. Regresé otra vez a mi cuarto. No podía dormir, y escribir mi diario me resultaba aburrido. Afortunadamente, al poco rato vino la madre de Liu Er a verme, junto con la niña, y después vino también la nuera. Todas se sentaron en mi cama, alrededor de un brasero. La niña empezó a escudriñar las cosas que había puesto sobre la mesa.

“En ese momento a nadie le importaban los demás.” La madre de Liu Er se refería a la llegada de los japoneses al pueblo, hacía un año y medio. “Los que vivíamos en la montaña

tuvimos suerte porque pudimos correr; algunos de los de abajo no pudieron escapar. Es el destino. Justo aquel día, nuestra Cui Cui había corrido hacia la iglesia. Sólo después supe que había ido allí a buscar al cura extranjero, para hacerse monja.

"Es que se hablaba mal de ella. Su padre estaba arreglando su boda con el hijo de un granjero del pueblo, Xi Liu, un hombre de unos 30 años y viudo. Su familia era acomodada y todos estábamos de acuerdo con la boda, menos Cui Cui que se echó a llorar ante su padre. Éste siempre le hacía caso, pero esta vez no podía echarse atrás. Nuestro hijo primogénito no tiene hijos, así que deseábamos que esta niña se casara con un buen hombre; pero, ¿quién se podía imaginar que Cui Cui, enojada, iba a correr a la iglesia? Fue entonces cuando cayó en el fuego. ¡Cómo no van a estar afligidos sus padres!"

"¿Es su mamá la que está llorando?" "Sí es su mamá." "Y tu sobrina ¿qué dice?" "Ella es joven. Ayer lloró un rato, y hoy está contenta, se fue a la junta. Apenas tiene 18 años." "Oí que fue esposa de un japonés, ¿es cierto?" "Es difícil decirlo. Nosotros no tenemos forma de comprobarlo. Naturalmente corren muchos chismes. Ella está enferma, pero ¿cómo podía estar uno limpio en un lugar como ése?" "La boda con aquel hombre fracasó, ¿quién iba a querer una mujer usada por los japoneses? Fue ayer a la noche cuando nos dijo que estaba enferma. Esta vez de verdad ha cambiado. Cuando habla de los diablos, parece que se refiere a algo muy normal. Sólo tiene 18 años y ya perdió la vergüenza." "Hoy vino Xia Dabao, mamá", susurró la nuera, cuestionando con la mirada a la madre de Liu Er.

"¿Quién es Xia Dabao?" "Es un empleado del molino que está al final del pueblo. Cuando era niño estaba en la misma clase que Cui Cui; los dos eran muy buenos amigos, pero su familia era pobre, más pobre que la nuestra. Él era decente y Cui Cui estaba loca por él, siempre lo seguía. La culpa la tiene él, porque fue por su causa que Cui Cui quiso hacerse monja. Desde que los japoneses raptaron a Cui Cui él siempre vino a vernos. Al principio, el padre se enfurecía al verlo, y a veces hasta lo insultaba, pero él no decía nada. Se iba y regresaba otra vez. Es un muchacho decente. Ahora es el jefe de un pelotón de autodefensa. Hoy vino otra vez. Al parecer

para pedir la mano de Cui Cui. Sólo escuché que ella lloraba, y después él también se soltó a llorar.” “¿Está enterado de lo que le pasó a Cui Cui?”

“¿Cómo no va a saberlo?” “En el pueblo todos lo saben, y además saben más que nosotros.” “Mamá, todos dicen que Xia Dabao es un tonto.” “Eh, es un muchacho decente. Nosotros esperamos que se casen. Desde que vinieron los diablos ya nadie es rico; parece que los viejos también están de acuerdo. Eh, si no es este joven, quién más la va a querer. No es sólo la enfermedad, su reputación es terrible.”

“Xia Dabao es aquel que usa un saco corto azul marino, y una vieja gorra inclinada hacia un lado”, dijo la niña. Sus ojos estaban llenos de curiosidad, y parecía como que entendiera mucho de este asunto. En mi memoria apareció entonces la sombra de aquel hombre. En la mañana, al salir a caminar, había visto a un joven así. Sus ojos eran honestos e inteligentes. Estaba parado afuera del jardín, y no parecía tener la intención de entrar. Cuando regresé a la casa lo vi otra vez, saliendo del bosque de pinos. Pensé que era alguien de aquí o un vecino. Entonces no le presté atención, pero ahora lo recordaba como un muchacho bajito y que no estaba nada mal.

Temí que mi proyecto de descansar no se fuera a realizar. No entendía por qué mi mente estaba tan confusa. En realidad no quería involucrarme con nadie, pero esta historia tomaba proporciones cada vez más grandes en mi cabeza. A Gui parecía entender mi inquietud. Me miró con una sonrisa y salió del cuarto.

Entendí entonces su señal y me puse a arreglar un poco la cama, y estiré la cobija. La luz, el fuego, todo brillaba más. Cuando empezaba a poner en el fuego el agua para el té, A Gui ya estaba en la puerta. Escuché que atrás de ella había alguien más: “Tenemos invitados, camarada”. Todavía no había terminado de hablar, cuando se escuchó una risa. En la puerta estreché la mano de una persona completamente desconocida para mí. Estaba tan caliente que me sorprendió. Ella siguió a A Gui, y se sentó en la cama. Sobre la espalda le colgaba una larga trenza.

En ese momento sentí que la cueva, que yo encontraba tan sofocante, estaba muy fresca ante los ojos de la recién lle-

gada. Ella contemplaba todo con una mirada llena de interés. Se sentó frente a mí, inclinando su cuerpo hacia atrás mientras sostenía entre las manos la cobija sobre la cual estaba sentada. No parecía querer hablar, y al fin levantó la mirada hacia mi cara. El juego de las sombras hizo que sus ojos parecieran muy largos y su mentón muy filoso. Aunque la sombra era muy profunda, el fuego y la luz de la lámpara iluminaban sus pupilas cristalinas, que parecían dos ventanas abiertas en una cabaña veraniega.

No sabía cómo empezar nuestra conversación, para no tocar su herida, para no lastimarla. Primero, tomaríamos un poco de té que ya estaba caliente.

"Tú eres sureña, podría apostar que eres sureña. No te pareces a nuestra gente de aquí." Fue Cui Cui quien empezó a hablar.

"¿Has conocido a muchos sureños?" Pensé que había que seguir su conversación y hablar de lo que ella quisiera.

"No", sacudió la cabeza. Todavía mirándome dijo: "He conocido a algunos, pero siempre son diferentes, me gusta la gente de allá. Las mujeres del sur pueden leer muchos libros, no se parecen a nosotras. Quisiera estudiar contigo, ¿me enseñas?" Dije que sí, y ella continuó: "También todas las japonesas pueden leer muchos libros. Aquellos diablos siempre esconden lindas cartas, algunas de sus parientes y otras de sus novias, y también hay cartas de muchachas desconocidas que les escriben y les envían fotografías. Escriben cosas que a uno le dan asco. Sabrá dios si son sinceras pero siempre hacen que los diablos se lo crean, y ellos cuidan y guardan las cartas como si fueran tesoros". "Escuché que sabes hablar japonés, ¿es verdad?" En su cara apareció una señal de vergüenza, pero espontáneamente continuó: "Pasé allí mucho tiempo, casi un año. Aprendí un poco. Es muy útil saber lo que hablan".

¿Fuiste con ellos a muchos lugares?

"No iba siempre con el mismo grupo. La gente piensa que fui esposa de un oficial de los diablos, que la pasé contenta y feliz. En realidad ya he regresado dos veces, y ésta es la tercera. Después me mandaban, y no tenía más remedio que hacerlo. Yo conocí el lugar, el trabajo era importante y no había quien me sustituyera. Ahora ya no me mandan porque quieren

curarme. Está bien. Además, yo también extrañaba a mis padres, y los volví a ver. Pobre mamá, si no estoy llora, y si estoy aquí también llora.” “Seguramente la pasaste muy mal.”

“Ni te lo puedes imaginar.” A Gui parecía estar a punto de llorar: “Es una desgracia ser mujer. ¡Habla Cui Cui!” y acercó su cuerpo al de ella.

“¡Qué amargura!” Cui Cui parecía recordar cosas muy lejanas. “Ahora, ya ni sé. Hay cosas que entonces me parecían trágicas y ahora, al recordar, veo que no lo eran tanto; hay otras que entonces veía con cierta normalidad y ahora me parte el alma recordarlas. Y así, día tras día, pasó más de un año. Esta vez, al regresar, la gente me ve raro. Los del pueblo me consideran como si estuviera arruinada. Hay unos que se me acercan, y otros que procuran evadirme. Y con mi familia pasa lo mismo. Todos me ven raro, nadie me considera como la Cui Cui de antes. ¿He cambiado? Yo creo que no he cambiado nada. En todo caso, ahora soy más fuerte que antes. En aquel lugar la gente, si no es fuerte, no sobrevive. No tenía más remedio, me obligaron a hacerlo.”

No parecía enferma. Su cara estaba roja y su voz no revelaba timidez ni tampoco odio. No parecía avergonzada, ni daba la impresión de estar herida, triste y desesperada. No pude evitar preguntarle sobre su enfermedad.

“Los seres humanos siempre son así. Cuando les pasa lo peor en la vida, tienen que levantar la cabeza y aguantar. ¿Acaso es tan fácil morir? Después me conecté con nuestra gente, y ya no tuve más miedo. Vi cómo los japoneses empezaron a perder batallas, y que nuestros guerrilleros luchaban por todos lados; así cada día me sentía mejor. Era muy triste, pero yo siempre encontraba una salida; y no sólo eso, sino que tuve una vida con sentido. Ellos quisieron curarme. Está bien, siempre es mejor estar sana. En estos días casi no siento nada. Al venir, me quedé dos días en el pueblo de Zhang Jia Juo. Allí me inyectaron dos veces y me dieron medicinas para tomar. El otoño de este año sí estaba muy mal; decían que mi estómago estaba podrido. Cierta día hubo que enviar un mensaje y no encontraron a nadie que lo hiciera por mí. Aquella noche caminé sola más de 15 kilómetros. Cada vez que daba un paso sentía un dolor muy fuerte. Tenía ganas de sentarme

y no caminar más. Si hubiera sido cualquier otra cosa no habría ido, pero tratándose de eso no podía negarme. También tenía miedo que los diablos me descubrieran y pensaba que no iba a llegar a tiempo. Después de eso dormí más de una semana, hasta que pude levantar el cuerpo de nuevo. Uno no se muere tan fácilmente, ¿qué crees tú?"

Ella no esperó mi respuesta y continuó hablando. Algunas veces se quedaba callada y nos miraba, quizás buscando respuestas en nuestros ojos o sólo pensando en otra cosa. A Gui parecía más triste que Cui Cui, y casi no decía nada; de vez en cuando agregaba algo, y todo eran palabras de compasión por Cui Cui. Cuando estaba callada, parecía tan conmovida, tan derrotada, como si se hubiera adentrado en la triste vida de Cui Cui.

Mientras hablaba, Cui Cui no pretendía provocar lástima, pero las que la estábamos escuchando hubiéramos querido cargar un poco de su peso. Cui Cui ni siquiera se percató de que nos estábamos compadeciendo de ella. Al contar toda su historia parecía tan tranquila y despreocupada, como si estuviera hablando de un tercero. Si hubiera llorado o gritado cuando uno empezaba a llorar, todo habría sido más fácil. Después, A Gui empezó a llorar y Cui Cui se dedicó a consolarla. Yo tenía muchas cosas que decirle a Cui Cui, pero no me salían las palabras y quería permanecer callada. Cuando se fue, me esforcé por leer durante una hora bajo la luz de la lámpara. No me atrevía a mirar hacia ningún lado, ni tampoco a A Gui quien daba vueltas, suspiraba, y trataba de dormir, aunque quién sabe si lograba hacerlo.

Casi todos los días Cui Cui venía a verme, para conversar conmigo. No sólo hablaba de sí misma, también le gustaba escuchar acerca de cosas que no eran parte de su vida. Cuando la conversación se hacía más profunda, se esforzaba por no perder nada, le gustaba escuchar.

Ibamos juntas al pueblo. Los jóvenes activistas la respetaban y la querían, pero otros, como el dueño de la tienda de abarrotes, levantaban la cara, apretando los ojos y mirándonos con frialdad. Esa gente la odiaba, la despreciaba y hasta a mí me veían como si fuera ella. En especial las mujeres se comparaban con ella y se sentían mejores y más puras, por-

que el enemigo no las había violado ni echado a perder.

Cuando A Gui se fue, nuestra relación se hizo aún más íntima. No podíamos estar la una sin la otra, y cuando nos dejábamos de ver un rato ya nos extrañábamos. A mí me gusta la gente vivaz, llena de entusiasmo, con la risa y las lágrimas a flor de piel, y ella era así. Pasábamos mucho tiempo platicando, y para mí todo eso era un entrenamiento y una ayuda para mis conocimientos.

Los días iban transcurriendo, uno tras otro. Yo me di cuenta de que Cui Cui no me lo confiaba todo, pero no podía culparla, y nunca intenté develar su secreto. Cada uno tiene cosas que no le puede decir a nadie, y que entierra en su ser. Se trataba de un asunto muy privado, que no tenía nada que ver con los demás ni con su propia moral.

Unos días antes de mi partida, Cui Cui se comportaba de manera muy extraña. No hacía nada, ni parecía querer platicar conmigo. Venía a mi cuarto, se sentaba en silencio y se iba triste. Yo sabía que en esos días estaba comiendo muy poco. Le hacía preguntas por su salud, aunque sabía claramente que su herida no estaba en el cuerpo. Ella venía, y a veces hablaba en forma desordenada, otras veces parecía querer escuchar pero yo sabía que su mente estaba en otras cosas, cosas que nadie podía conocer. Cui Cui trataba de esconder sus sentimientos, de fingir que todo estaba en orden.

En dos oportunidades vi que aquel muchacho tan noble salía de la cueva de la mano de Cui Cui. Al relacionarlo con Cui Cui, lo compadecía. Ahora cuando ella, pisoteada por muchos hombres, había perdido su reputación y estaba enferma de algo difícil de curar, él pacientemente venía a verla y a pedir su mano. Él no la odiaba, ni temía las burlas de la gente. Seguramente sentía que era en ese momento cuando ella más lo necesitaba. Él sabía cuál era su deber como hombre hacia un ser querido, en los momentos difíciles.

Cui Cui, por su parte, no revelaba sus heridas a primera vista, ni expresaba su necesidad de que alguien la amara o, por lo menos, le brindara apoyo. Sin embargo, yo sentía que ella estaba herida, muy herida, y por eso aparentaba ser fría y no necesitar a nadie. Había, sin embargo, que darle un poco de amor, de apoyo, de algo que no fuera lástima. Deseaba que

alguna vez llorara, que encontrara por fin un lugar donde llorar. También deseaba que ella se casara, que yo pudiera oír una buena noticia antes de irme. Pero ¿qué pensaba Cui Cui? Las cosas ya no podían prolongarse hasta convertirse en un problema. La madre de Liu Er, su nuera y la niña venían a mi cuarto, a darme informes, a decirme cosas, pero yo no les daba oportunidad de hablar. No me gusta averiguar los asuntos de mis amigos, si ellos no me los confían. Insistir en saber por otros medios es hacerle daño, a mis amigos, y a mí y a nuestra amistad.

Precisamente ese día, al anochecer, hubo ruido en el jardín. Vinieron todos los vecinos, que se amontonaron; unos parecían tristes y otros muy interesados. Hacía frío, pero la multitud de chismosos tenía fuego en el corazón. Amontonados, en cuclillas, se soplaban las manos y se miraban unos a otros como si esperaran algún milagro.

Al principio escuché una pelea en la cueva de la madre de Liu Er. Luego escuché el llanto de la madre de Liu, y también el de un hombre que parecía ser el padre de Cui Cui. Oí cómo destrozaban las cosas, y entonces no aguanté, me metí entre la gente y entré al cuarto.

“Qué bueno que llegaste. Aconseja a nuestra Cui Cui”, me dijo la madre de Liu Er, mientras me jalaba al interior de la habitación.

Cui Cui tenía la cara escondida entre el largo y desordenado cabello. Sus ojos miraban espantados al gentío reunido. Me paré a su lado, pero pareció no darse cuenta de mi llegada o simplemente me consideró como a uno de sus enemigos. Su cara había cambiado. En ella no se podían encontrar huellas de la luz y la felicidad de ayer. Parecía un animal acorralado, una diosa vengadora. ¿A quién odiaba tanto, por qué estaba tan furiosa?

“¿Cómo puedes ser tan cruel?, ¿por qué no piensas un poquito en tus padres, que este año han sufrido tanto por ti?” La madre de Liu Da, sentada en la cama, lloraba y gritaba. Sus lágrimas eran como gotas de lluvia que, luego de resbalar por su rostro, caían sobre la cama, sobre el piso. A su alrededor muchas mujeres la rodeaban, sosteniéndola sin permitirle moverse. Pensé qué triste es la pérdida de la dignidad, cuando

una simple alteración de los sentimientos lleva a la locura. Quería decirle que llorar era inútil, pero en ese momento ninguna palabra sería de ayuda alguna. El hombre se veía decrepito, y se frotaba las manos suspirando. Xia Da Bao, sentado a un lado, miraba con desesperación a los viejos.

“Di algo, ¿acaso no sientes lástima de tu madre? Cuando se llega al final de un camino, hay que regresar; cuando el agua llega al fondo, también regresa, sólo tú no puedes retroceder, ¿por qué?” Algunas mujeres estaban aconsejando así a Cui Cui.

Me di cuenta de que este asunto no podía tener una solución fácil. Cui Cui estaba demostrando que no pedía conmiseración y que tampoco se compadecía de los demás. Ella ya había tomado una decisión y no podía retroceder; aunque tuviera que luchar, no podía dar ni un paso atrás. Apretó los dientes, decidida a aguantar hasta el fin.

Escucharon mi consejo, y decidieron dejar que Cui Cui descansara en mi cuarto. Todo se resolvería en la noche. Quise llevarme a Cui Cui, pero ella se escapó a la montaña.

“Esta niña tiene muchos problemas.”

“Nos desprecia a nosotros, los campesinos.”

“Es una basura, y se cree mucho. Pobre Xia Da Bao.”

La gente conversaba amontonada en el jardín, y cuando ya no tuvo nada más que ver, se fue. Caminé un rato por el jardín y luego decidí ir hacia la montaña, a un lugar donde había tumbas y pinos esparcidos entre ellas. Frente a las tumbas se encontraban los túmulos viejos y derruidos. No había nadie y ni siquiera se oía el ruido de las hojas al caer. Fui de un lado a otro, gritando el nombre de Cui Cui. Sólo el eco de mi voz me contestaba en medio de la soledad; pero luego de un rato me sentí aún más sola que antes. Cuando desapareció la sombra roja del sol que se ocultaba, a mi lado sólo había una niebla solitaria que estaba colgada de las montañas circundantes. Me sentía nerviosa. Decidí sentarme en una piedra, preguntándome si me iba a la montaña o la esperaba allí. Quería acompañarla en su tristeza. Vi una sombra que subía y en seguida reconocí a Xia Da Bao. No dije nada, pues no quería que me viera; deseaba que se fuera directamente hacia arriba. Pero él caminó hacia mí: “¿Ya buscaste? Hasta ahora no la he podido ver”. Me vi obligada a saludarlo. Vino hasta mí y

se sentó en el pasto. Estaba callado, mirando hacia la lejanía.

Me sentía un poco incómoda. Él era muy joven. Sus cejas eran largas y delgadas y tenía unos ojos grandes que ahora parecían de madera. Sus labios fruncidos, que quizá antes eran atractivos, ahora tenían un rictus de tristeza y horror. Vi su nariz larga. Pero ¿de qué servía todo esto?

"No te preocupes, mañana ya estará bien. Hoy en la noche le aconsejaré algo", le dije con lástima.

"Mañana, mañana. Ella siempre me odiará. Yo sé que me odia", su voz un poco ronca, era triste y profunda.

"No, ella nunca dijo odiar a alguien." Buscaba en mis recuerdos y no mentía.

"Ella no te lo iba a decir a ti; no se lo diría a nadie. Nunca me ha perdonado."

"¿Por qué? ¿Tiene acaso razones para odiarte?"

"Claro que sí." Me miró fijamente. "En ese entonces yo era un pobre muchacho. ¿Cómo podía escaparme con ella? ¿Es acaso culpa mía?"

Sin esperar mi respuesta siguió hablando como si estuviera solo. "Es mi culpa. Cómo puedo decir que actué correctamente si la herí. Si hubiera tenido el valor, ella no habría. . . Conozco su carácter. Ella nunca me lo perdonará."

"Dime, ¿cómo tengo que ser? ¿Cómo puedo hacerla feliz? Mi vida ya no vale nada. ¿Qué puedo hacer por ella? ¿Me lo puedes decir? De verdad no sé qué hacer. Qué terrible es la vida. Hubiera preferido que los japoneses me tomaran. . ." Él hablaba como si estuviera delirando.

Cuando le dije que regresara a la casa se levantó, caminó un poco y luego volvió a detenerse. Dijo que había oído voces en la montaña. Le dije que subiera. Vi cómo su espalda se alejaba en el bosque de pinos. Ya estaba oscuro cuando me regresé a la casa.

Aunque me dormí muy tarde, no supe nada de ellos durante toda la noche.

Sin esperar a desayunar, comencé a arreglar mis cosas. El compañero Ma había prometido venir a ayudarme. Me preparé para regresar al departamento político, e irme pronto a Yan'an, porque el enemigo empezaba a "rastrillar" de nuevo. Mi salud no me permitía quedarme aquí, y el jefe decía que

primero habría que transportar a los heridos y los enfermos. Mi corazón estaba vacío. Si me quedaba iba a ser una carga para los demás, pero si me iba, ¿cuándo regresaría otra vez? Estaba sentada pensando en eso, cuando alguien entró en mi cueva.

Saltó a la cama y se sentó a mi lado. Vi que su cara estaba hinchada. Al apretar sus manos, que se calentaban en el fuego, las sentí tan febriles que me preocupé. Me di cuenta que estaba bastante enferma. “Cui Cui, yo ya me voy, y no sé cuándo podré verte. Deseo que escuches a tu madre. . .”

“Vine a decirte”, me interrumpió, “que mañana yo también partiré; deseo irme pronto de esta casa.”

“¿De veras?”

“De veras”; el brillo había vuelto a sus ojos. “Ellos me llaman. . . para curarme.”

“Ah. . .” Yo pensé que nos íbamos a ir juntas. “¿Lo sabe tu madre?”

“No, todavía no. Sólo sabe que voy a curarme y que pronto regresaré. Seguramente me dejará ir, porque estar en la casa no tiene sentido.”

Sentía que hoy Cui Cui estaba muy tranquila. Recordé las palabras que Xia Da Bao me había dicho la noche anterior, y con temor le pregunté:

“¿Resolviste el problema de tu matrimonio?”

“¿Resolverlo? Ya se resolverá.”

“¿Obedeciste a tu madre?” No quería mencionar mi deseo. Tampoco pensar en el joven de ayer.

“¿Obedecerla? ¿Por qué tengo que obedecer? ¿Ellos me hicieron caso alguna vez?”

“Pero ¿tú estás enojada con ellos?”

“ . . . ”

“Entonces seguramente odias a Xia Da Bao.”

Durante un largo rato no dijo nada y después respondió con tranquilidad. “¿Odiarlo? No sé. Siento que yo estoy enferma. Es cierto también que me poseyeron muchos japoneses, cuántos ya no recuerdo. Yo estoy sucia, y si ya tengo esta mancha sobre mí, no creo que pueda tener suerte de nuevo. Siento que vivir entre desconocidos es mejor que estar en la casa con los parientes. Ellos ya decidieron mandarme a Yan’an.

Voy a quedarme allá, estudiando. He oído que es un lugar grande, con muchas escuelas donde uno puede estudiar. Creo que no es bueno que estemos juntos. Es mejor que cada uno vaya por su propio camino. Así es mejor para mí, y para los demás. No siento haber herido a nadie, ni poder hacer feliz a nadie. Además, creo que al llegar a Yan'an habrá nuevos caminos para mí. Yo puedo ser una nueva persona, no sólo pertenecer a mis padres. Cuando la gente dice que soy joven, que sé poco y que soy rebelde, no los contradigo. Hay cosas que la gente no tiene por qué saber." Estaba sorprendida. En su cara había algo nuevo. Sentí que valía la pena tomar en cuenta sus palabras y que apoyaba y apreciaba su decisión.

Cuando me fui, sus parientes me despidieron hasta la puerta. Sólo ella vino hasta la oficina. Ya no vi más a Xia Da Bao. No estaba triste pues me imaginaba un brillante futuro para ella. Seguramente la vería de nuevo; además, no nos separaríamos por mucho tiempo. Naturalmente, al salir de su casa el camarada Ma me informó de la decisión que se había tomado sobre ella, y me aseguró que las palabras de Cui Cui pronto se cumplirían.

Traducción del chino:
LILJANA ARSOVSKA